

LOS SEMINARIOS DE LUDMER: LA VIDA MISMA

Jorge Panesi



RESUMEN**PALABRAS CLAVE**

seminarios
visibilidad
desconocido
crítica

¿Qué íbamos a buscar, se pregunta en este ensayo Jorge Panesi, a los Seminarios de Ludmer y qué siguieron buscando sus alumnos? Y responde: lo que todavía no se hacía visible, lo que no estaba, aquello que había que conquistar, lo que había que inventar y que, como un punto desconocido o secreto, creíamos tener en nosotros mismos. Pero al mismo tiempo, Ludmer se iba transformando. Por ello el ensayo revisa el recorrido de esa obra para sostener que Ludmer terminó reinventándose a sí misma y se volvió escritora a secas, así, sin más rótulos.

ABSTRACT**KEYWORDS**

seminars
visibility
unknown
criticism

What were we looking for in Ludmer's seminars? And, what do students continue searching in them? In this essay, Jorge Panesi asks these questions and answers himself: 'We were looking for what was not visible, what was not there, those things that we had to conquer, that we had to invent and that, as an unknown or secret element, we thought it had to be within ourselves. However, at the same time, Ludmer was changing. That is the reason why this essay revisits her work in order to state that Ludmer ended up re-inventing herself and became purely a writer.'

No solamente allí. No solamente en aquellos seminarios, los de la reinventada carrera de Letras en la década del ochenta, y anteriormente, en aquellos otros, los de las catacumbas culturales de la dictadura militar de los años setenta. No solamente allí, en esos contextos apabullantemente políticos, ya sea por su peso constrictor, o con la euforia liberadora de la democracia, Josefina Ludmer marcó con su enseñanza las posibilidades ciertas de un futuro para quienes académicamente nos dedicamos a la literatura. Diría que, como ocurre con el pensamiento que verdaderamente transforma nuestras realidades, ella ha estado siempre presente, o de manera virtual, en todos los contextos significativos de los últimos cuarenta años de la cultura argentina. Subrayo estos dos momentos, por razones autobiográficas o generacionales, pero también por su razón fundadora, o refundadora en relación con esta Facultad de Filosofía y Letras. Durante la dictadura, y gracias a la mediación de Alan Pauls, la conocí, aunque como ocurre entre la vida y la letra escrita, los que nos dedicamos a la literatura, solemos comenzar por la letra, por la lectura. Y así ocurrió: en realidad ya había conocido a Josefina a la distancia, leyéndola en esa otra euforia política, la del 73, que ella llama “la fiesta”, “la fiestita” o también “la Facultad montonera”. Alguien, con la petulante voz de los entendidos, me había dicho “tenés que leer las clases de esta mina”, y las leí (se trataba de la cátedra de Literatura Latinoamericana), como leí casi al mismo tiempo, durante mi fugaz pasaje por la Universidad de Rosario en aquellos mismos años de fiesta, su impecable y juvenil trabajo de degollamiento sobre Ernesto Sábato.

Como las ideas de Ludmer han pasado a ser parte del horizonte con el cual leemos, no podría explicar a los jóvenes estudiantes de hoy el desborde de admiración y de felicidad que esa lectura me produjo. No sé si lo dije, no sé si lo pensé siquiera, pero sentía algo muy determinante y decidido, algo así como un mensaje perentorio que me mandaba a mí mismo: “yo tengo que conocer a Josefina Ludmer”. Y así fue, y para sintetizar la experiencia que me volvió a colocar afortunadamente en el lugar de estudiante, cuando en el afuera de la literatura y en la literatura misma era todo miedo y muerte, me gusta citar a Matilde Sánchez: “Josefina Ludmer es ella sola toda una universidad”. Parece una hipérbole, una de esas frases con la que los amigos entre bromas y veras rinden tributo a la amistad,

pero hay un núcleo de verdad en la frase, pues el conocimiento universitario debería predominantemente volver a inventar lo dado. Y Josefina, siempre al tanto de lo que se escribía y pensaba aquí, más allá de aquí y en todas partes (recordemos: son los años de plomo, y ciertos “estados de la cuestión” eran casi inabordables), inventaba, pero no de manera espontánea, sino como resultado de un trabajo de descubrimiento (descubrir, es, desde luego, un trabajo, un esfuerzo, una suma de paciencias).

Por eso digo que su influjo se ha desplegado en esos contextos fundadores y también en cada giro o movimiento de los estudios literarios en Argentina. No era solamente esa especie de sed que el saber universitario sentía por la razón teórica y que ella encarnaba agitando la zona menos adocenada de la teoría literaria: a Josefina la teoría le servía para inventar, y esto significaba llevar el aparato teórico hacia un límite inesperado en el que se relanzaba y era otra cosa. En esos tiempos se me antojaba que Ludmer realmente era la única que sabía qué hacer con la teoría literaria. Pero la operación era doble: también el objeto leído, pongamos por ejemplo su *Onetti* (1977), se transformaba: después de su lectura, los futuros lectores del *corpus* Onetti estaban obligados a leer de otra manera, quizá no *a lo Ludmer*, pero sí al evitar la solidez de una costa monolítica, el necesario ir para otro rumbo.

Lo mismo podríamos decir de *El género gauchesco* (1988), o de cada una de sus intervenciones en forma de libro que reformularon el campo en el cual se insertaban. Es que, verdaderos ejercicios de vida intelectual (de preparación, de ensayos, de tentativas, de felices hallazgos milimétricos u holísticos), como todos los buenos libros son mucho más que libros. La vida de los libros, la vida misma.

¿Qué íbamos a buscar a sus seminarios y qué siguieron buscando ya refundada la carrera de Letras, los alumnos de la Facultad de Filosofía? Íbamos, iban, a buscar lo que todavía no se hacía visible, lo que no estaba, aquello que había que conquistar, lo que había que inventar y que, como un punto desconocido o secreto, creíamos tener en nosotros mismos. Buscábamos algo así como el reflejo de potencialidades escondidas, buscábamos y encontrábamos una maestra, esto es, la concreta encarnación de todas las posibilidades que imaginábamos. Porque no son los maestros quienes eligen a sus discípulos, sino los

discípulos los que eligen, en una relación indestructible, a sus maestros. Y elegimos bien.

Corolario de los tiempos represivos y fruto de las fiestas políticas de los años setenta, en sus clases de Teoría Literaria, ya instalada aquí, en esta Facultad, cuando todo parecía reconquistado, y ya corrían los tiempos entusiastas de los años ochenta, Josefina, ensayaba una suerte de enseñanza anti-jerárquica, gesto utópico y anárquico mirado de soslayo aún por los capitostes democráticos de la universidad. Lo digo sin nostalgia, sino como inventario, porque la nostalgia lleva implícito un dejo de penuria y de derrota, y porque aquella sigue siendo una alegría, la del tiempo recobrado, la alegría de algo que valía la pena vivirse. Enseñanza de la transgresión ha dicho ella, mucho tiempo después sobre este período inicial de la democracia. Era una enseñanza de las normas y los sistemas, al mismo tiempo que “una especie de enseñanza de la transgresión. Las teorías no son eternas”.

En efecto: como un ropaje inadecuado, como un hábito que no se vacila en desechar, en Josefina poco quedó de la razón teórica de aquellos años. Pero subsistió irreductible un núcleo de extrema desnudez, lo que estuvo desde siempre en ella, el rigor de la reflexión y la invención reflexiva, algo que la teoría puede ejercitar pero nunca donar. Podríamos decir que son todas las formas del relato las que han ocupado el lugar de la teoría, desde *El cuerpo del delito* (1999) hasta *Aquí, América latina* (2010). Creo que de tanto inventar “modos de leer”, Josefina terminó reinventándose a sí misma. En otro contexto académico más solemne –la ceremonia del *honoris causa*– se me ocurrió un título para la convencional *laudatio* en su honor, un título que buscaba delinear su retrato literario: “Verse como otra”. ¿Y qué otro discurso podría brindarle la perpetua mutación sino el literario, la escritura que llamamos con cierta resignación o impotencia “literaria”? En broma (con la infantil seriedad de las bromas) ha declarado que le hubiese gustado ser actriz (su deseo histérico). En el camino, entre la seriedad y la travesura, sin embargo, Josefina se ha vuelto más ella misma, lo que siempre ha sido, más allá de los análisis teóricos, y las especulaciones críticas, o junto con todo eso, se ha encontrado siendo escritora, así, a secas, sin más rótulos. Una certeza que, según confiesa, comenzó con *El género gauchesco*: “puedo construir algo que pueda ser diferente y al mismo tiempo integrar el aspecto litera-

rio de la crítica. Aquí aparece la crítica como imaginación verbal”.

La imaginación verbal ni se vende ni se presta, se exhibe sin énfasis, como al descuido, sin saberse, y se contempla con lo que es uno de los esquivos pilares de la literatura: el entusiasmo. La imaginación produce entusiasmo. Y eso era, me parece hoy, todo lo que buscábamos y todo lo que seguimos encontrado en Josefina, en sus clases o en sus libros, el entusiasmo, la imaginación verbal. La vida de los libros, la vida misma.

Jorge Panesi

Universidad de Buenos Aires

Recibido: 23/8/2017

Aceptado: 28/10/2017